✝

ORACION FUNEBRE

QUE

EN LAS SOLEMNES HONRAS

CELEBRADAS

EN LA STA. Y APOSTOLICA IGLESIA CATEDRAL

DE CADIZ

EL DIA 29 DE ENERO DE 1880, EN SUFRAGIO POR EL ALMA

DEL ILMO. Y RMO.

Sr. D. Fr. FELIX M. DE ARRIETE

Y LLANO,

OBISPO DIMISIONARIO DE ESTA DIOCESIS,

PRONUNCIÓ

EL Sr. Dr. D. FRANCISCO DE P. PELUFO Y GARCIA,

CANONIGO MAGISTRAL

DE DICHA SANTA IGLESIA.

Se publica por acuerdo del Excmo. Cabildo Eclesiástico, con licencia de la Autoridad Episcopal.



CADIZ

IMPRENTA DE LA REVISTA MÉDICA, DE D. FEDERICO JOLY,
CEBALLOS (ANTES BOMBA), NÚMERO I.

1880



Non recedet memoria ejus, et nomen ejus requiretur á generatione in generationem.

(Ecci. Cap. XXXIX. Vers. XIII.)

No perecerá su memoria, y su nombre será repetido de generacion en generacion.

(En el sag. lib. del Ecco. cap. 39. Ver. 13.)

Ilmo. Señor: (1)

Sres. Excmos.: (2) amados oyentes:

Por segunda vez subo á este sagrado sitio para deplorar con vosotros una triste desgracia. No há mucho llorábamos la muerte del más querido de los Pontífices, y con estas lágrimas todavía no enjugadas se mezclan hoy las de un nuevo y profundo dolor: la reciente pérdida de un Prelado el más digno de nuestro amor por tantos títulos. Es verdad que no lamentamos hoy la viudez de la Iglesia Gaditana, como entonces la orfandad de la Iglesia Universal. La Providencia, que vela por nosotros, habia parado este golpe de antemano, proveyendo á esta Iglesia del sabio y digno Pastor que nos preside. Pero por lo mismo que no experimentamos el luto de la Sede vacante, nuestras lágrimas, espontáneas y desinteresadas, son la viva expresion de un dolor el más puro y sincero. Y ¿cómo no llorar la muerte del Ilmo. Arriete, que, en los quince años que

(1) El actual Obispo de Cádiz que ofició de Pontifical.

(2) El Cabildo Eclesiástico y el civil.

empuñó el báculo pastoral, sacrificó su vida y su reposo al amor paternal que nos profesaba como hijos carísimos en Cristo y queridos compatricios? ¿Cómo no dolernos por la pérdida del Varon Apostólico, del Orador Evangélico, del Padre de los pobres, del Santo y piadoso Obispo, modelo de Sacerdotes y dechado de virtud para la grey cristiana? ¡Ah! Cuán justo es rindamos hoy el tributo de nuestro dolor al que siempre fué digno de nuestra admiracion y acreedor á nuestro amor y respeto! Él no se habia desligado de nosotros á pesar de haber dimitido el cargo pastoral, que no podian ya sustentar sus débiles fuerzas: nos amaba demasiado y no quiso separarse sino por la muerte. ¡Oh momento cruel que así rompe los lazos más estrechos y arrebata para siempre de nuestro lado los más queridos séres! ¡Oh guadaña inexorable de la muerte, que lo mismo corta el añoso árbol cargado de sazonado fruto, que siega la tierna flor acabada de nacer!

Pero, Sres., el hombre justo no muere por completo. *Non omnis moriar!* Hé aquí la voz que sale del fondo de su sepulcro: voz que nos dirige hoy desde esa tumba nuestro Ilmo. finado. Él vive para Dios, y vive tambien para nosotros, porque la memoria del justo, como dice el Espíritu Santo, no se extinguirá, y su nombre será repetido de generacion en generacion. *Non recedet memoria ejus, et nomen ejus requiretur á generatione in generationem.* Busquen otros en buen hora el mármol y el bronce para grabar el nombre de los héroes cuya fama pretende el mundo eternizar. ¡Pobre recurso, que no puede resistir á la accion destructora del tiempo, ni á la mudanza de las vicisitudes humanas, que sustituyen frecuentemente unas memorias con otras! Sólo la memoria de la virtud es eterna, porque la virtud es inmortal como Dios: este es su privilegio. No morirá, pues, la del Ilmo. Arriete! Y si la elocuencia no bas-

tase á perpetuarla por ser insuficiente para celebrar sus virtudes, los hechos de su vida hablan demasiado alto, y esta voz jamás enmudece. Recuerdos, como los que deja nuestro inolvidable difunto, no se borran nunca.

La vida del V. siervo de Dios, el Ilmo. Sr. D. Fray Félix María de Arriete y Llano, Obispo dimisionario de Cádiz, sobre cuya tumba se vierten hoy tantas lágrimas en testimonio del más justo dolor, justifica plenamente las palabras de mi tema, consignadas en el sagrado libro del Eclesiástico en elogio del varon justo, de virtud ejemplar, reconocida y probada.

Tal era la de nuestro Ilmo. Arriete, de quien al hacer hoy el fúnebre elogio en cumplimiento de un honroso deber, sólo abrigo un temor: el no saber elogiarlo tanto como merece. Vosotros, empero, que fuísteis como yo sus admiradores, suplireis lo que falte á mi pobre ingenio y escasa elocuencia. Continuadme, os ruego, vuestra benévola atencion.

Mas ¿qué podré yo decir que sea capaz de realzar la memoria del Venerable Prelado, cuya pérdida nunca será bastantemente sentida? Yo recuerdo Sres. en este momento aquella célebre frase del Nacianceno, cuando al hacer su oracion en elogio del gran Obispo de Alejandría, comenzó por estas palabras: *Athanasium laudans, virtutem laudabo.* "Al alabar á Atanasio, alabaré la virtud." Y ¿no podré yo decir otro tanto del dignísimo Obispo que fué de Cádiz? Ciertamente Sres., elogiar al Ilmo. Félix, es elogiar la virtud,...... todas las virtudes, tales como deben resplandecer en el que es modelo del Sacerdocio por tener la plenitud del poder y de la dignidad sacerdotal. Nadie me hará la injusticia de creer que exagero, y si alguno lo pensa-

se así, estais vosotros para corroborar mis palabras. Hablo á la culta Cádiz, á esta ciudad que le vió nacer, y que siempre supo estimar el mérito de sus ilustres hijos. El Ilmo. Félix es una de las glorias de su patria, gloria con que le ha enaltecido la Providencia.

Él fué llamado por Dios á ocupar la silla pontificia de su pueblo; él no aspiró á semejante honor, que es, segun el Crisóstomo,(1) la primera condicion que ha de tener el que ha de merecer tan elevado cargo. La sóla idea de la dignidad Episcopal le llenaba de confusion y de anonadamiento: la rehusó todo cuanto pudo y antes de aceptar el Obispado de Cádiz habia renunciado el Arzobispado de Cuba. ¡Ah! sabia muy bien que los Obispos son hechuras del Espíritu Santo, puestos por él mismo, como afirma el Apóstol, para regir en su nombre la Iglesia de Dios: (2) que deben ser de todo punto irreprensibles y sobresalir en todas las virtudes, como advierte el mismo Apóstol á sus discípulos Tito y Timoteo:(3) que un Obispo es, segun San Hilario,(4) aquel siervo fiel y prudente del Evangelio, que el mismo Dios pone á la cabeza de su familia: que en expresion de San Gregorio Magno (5) los Obispos deben ser, así como los Apóstoles, de quienes son sucesores, la luz del mundo y la sal de la tierra; y que para ello han de resplandecer no menos por la santidad de su vida, que por la excelencia de su doctrina, como concluye San Isidoro de Sevilla.(6) Por todas estas razones rehusaba el Episcopado el dignísimo P. Félix y pugnaba por evadirse de él: y sólo cuando se le pudo convencer de que era voluntad del cielo

(1) Libro 3.º del Sacerdocio.
(2) Libro de los hechos de los Apóstoles, cap. 20. Ver. 28.
(3) Epístola primera á Timoteo, cap. 3.º, y en la Epíst. á Tito, cap. 1.º
(4) Comentario sobre el Evangelio de S. Mateo, cap. 26.
(5) Homilia 17 sobre S. Lúcas.
(6) Libro III de las Sentencias, cap.ˢ 36 y 42.

se resignó á aceptarlo con la misma humildad que lo habia declinado. ¡Ah Señores! ¡Que no pueda yo descubriros las interioridades de su espíritu y el sacrificio de su voluntad en aquellos sublimes momentos! Angeles de primer órden, espíritus celestiales encargados de la custodia de esta grande alma, decidnos cuán aceptable fué á Dios aquella solemne consagracion que hizo de su vida y de su persona en aras de la fé y de la caridad, como víctima que se inmolaba desde aquel instante al honor de Dios y al bien de la Iglesia!

¡Oh! qué felices auspicios para esta ciudad afortunada! Cádiz, Sres., inspirada por un instinto ilustrado, el instinto de una madre que presiente el destino de sus hijos, auguraba ya la gloria del pontificado de Félix, de este hijo digno de tan esclarecida madre. La noticia de su preconizacion, que tuvo lugar el primero de Octubre de mil ochocientos sesenta y tres, fué recibida, no sólo en esta ciudad sino en toda la Diócesis, como una fausta nueva, al saberse que un Varon de Dios era el destinado para apacentar esta grey cristiana, que tantos nombres ilustres registra en el catálogo de sus Obispos, y que tiene la dicha de contar por el primero de todos ellos á un discípulo de los Apóstoles.[1] Grande fué el entusiasmo del gaditano pueblo en el dia quince de Marzo de mil ochocientos sesenta y cuatro, cuando vió entrar por sus puertas con las insignias episcopales á su deseado Pastor, en cuya magestuosa y angelical figura se retrataban á un tiempo la nobleza de su alma, la bondad de su corazon y la grandeza de su dignidad. Cádiz se felicitó á sí mismo: y así quiso consignarlo en un notable documento, en la célebre carta gratulatoria que en su nombre dirigió al nuevo Prelado el Excmo. Municipio.

---

(1) Véase al final la nota primera.

"*Cádiz*, le decia, *no felicita á V. I.; porque aquí la felicidad no consiste para V. I. en que haya alcanzado el báculo con que ha de regirnos. La felicidad está conseguida por nosotros en alcanzar el bien de que tal Pastor nos rija.*

Este elogio, Sres., que hubiera podido parecer prematuro, no lo era tratándose del P. Félix, cuyas virtudes eran de todos conocidas. Los hechos de su pontificado han confirmado ya sobradamente la justicia de tal elogio y la verdad de esas palabras de oro. Porque ¿qué es lo que todos hemos visto en el Ilmo. Félix?..... ¡Ah! Lo diré sin temor. Lo propio que la Iglesia canta en alabanza de sus más esclarecidos Pontífices: *Sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus,*(1) un sumo Sacerdote que en los dias de su vida agradó á Dios, y en la hora de su muerte fué hallado justo. Elegido por Dios como otro Aaron, él no pensó en otra cosa que en corresponder á su vocacion divina. Procurar en todo la gloria del Señor que lo habia enaltecido y el bien del pueblo que se le habia encomendado: hé aquí toda su norma de vida.

Sólo á Dios en verdad se debe el honor y la gloria de rigorosa justicia; pues el honor que rendimos á los hombres que la mano de la Providencia ha elevado sobre los demás, sólo es prestado y relativo, y á Dios debe referirse. Mas acostumbrados como estamos á amarnos á nosotros mismos, y á reputar por mérito nuestro lo que nos enaltece á los ojos de nuestros semejantes, es muy difícil que el hombre, que ha subido á la cumbre de la dignidad y del poder, y recibe por ello el homenage público, no se apropie una parte á lo ménos de esa gloria que se le tributa, ó reserve para sí algunos granos del incienso que se quema á su paso. Pero Sres., el Ilmo. Félix fué en este punto muy

(1) Epístola de la misa *Statuit* en las fiestas de Confesor Pontífice.

superior á sí mismo. Él sabia merecer las alabanzas; mas no sabia apropiárselas. Él excusaba cuanto podia los elogios y las demostraciones públicas: y cuando no le era dado sustraerse al entusiasmo de los pueblos, que admiradores de sus virtudes y de sus relevantes prendas ansiaban por verle y aclamarle, sabia declinar esos honores y dirigirlos á Aquel que lo habia enviado. Representante de Jesucristo, cuya imágen veia en su persona para copiarla y ser el modelo de sus hijos, á Él cedia todo el honor y veneracion. *A Él la gloria*, solia decir, *y no á mí, que ninguna, ninguna merezco!*(1)

Este celo por la gloria de Dios encontró en su mismo elevado cargo un objeto digno en que satisfacerse, el templo del Señor. Él suspiraba por el esplendor y la magnificencia de la casa de Dios y exclamaba en su presencia como otro David: *¡Domine, dilexi decorem domus tuæ et locum habitationis gloriæ tuæ!* Yo he amado, Señor, el decoro y la decencia de tu casa y el lugar donde reside tu gloria! Él no toleraba que en la morada del Dios de las alturas, ni en los objetos consagrados á su culto hubiera algo deforme, deteriorado é indecoroso. Todo lo registraba y examinaba minuciosamente y no disimulaba en este punto el menor descuido; descuido que corregia inmediatamente no sólo con la palabra sino con la obra, proveyendo de sus propios recursos á falta de otros medios. Innumerables son los dispendios que hizo en socorro de las Iglesias pobres, por las cuales sentia especial interés y devocion, á imitacion de su seráfico Padre S. Francisco. Y si aquel sumo Sacerdote Simon, hijo de Onias, adquirió tanta gloria y celebridad por haber restaurado el templo santo de Jerusalen, de ¿cuánta no será digno nuestro ilustre difunto por haber restaurado

(1) Palabras testuales en su contestacion á la carta gratulatoria del Ayuntamiento.

tantos en sus dias? Él no sólo ha provisto de capilla á las aldeas que carecian de ella, sino que ha reparado la mayor parte de las Iglesias de la Diócesis. De sólo una ciudad,(1) de la que he tenido el honor de ser párroco, puedo asegurar con conocimiento de causa, que de los doce templos que cuenta entre Iglesias y ermitas, siete fueron reparados en pocos años principalmente á sus expensas. Y ¿qué diré del primer templo de la Diócesis, de esta suntuosa Catedral que fué su silla? Él ha tenido la gloria de haber terminado su decoracion con ese magnífico tabernáculo, que no tiene rival en España. Él tomó á su cargo esta costosa obra; y aunque no la pudo hacer por sí solo, es bien sabido que invirtió de su propio peculio sumas crecidas, mayores sin duda de lo que podian permitir los recursos de un Prelado pobre. Este sólo hecho bastaria para perpetuar su memoria.

Pero, Sres., yo paso en silencio todo lo que aun pudiera añadir sobre este punto para continuar su elogio en otro terreno. Si el templo material del Señor le inspiraba tanto interés, no era menor el que sentia por los templos vivos y espirituales, que son los fieles. Hé aquí el objeto constante de su solicitud pastoral y de sus contínuos desvelos, dia y noche puede decirse, edificar el cuerpo de Cristo, que son los fieles.

Hé aquí la mision principal de un Obispo, y la más difícil de llenar con éxito en estos tiempos, que nuestro Ilustre finado caracterizaba con el lenguaje del Apóstol, de dias malos, tiempos peligrosos. En ellos, en efecto, hemos visto á la impiedad hacer los mas rápidos progresos con gran ruina de la fé y de las costumbres, diseminando el error bajo todas sus formas, y corrompiendo la moral pública y privada con detrimento de la Religion é inminente

(1) Medina Sidonia.

peligro de la sociedad misma, amenazando hasta destruir por completo, á ser esto posible, la obra de Dios, su Iglesia Santa, y con ella toda creencia, todo principio, toda autoridad, toda ley, todo respeto, en una palabra, todo el órden de cosas basado en el Catolicismo. No se ocultaba á nuestro Obispo el orígen y la magnitud del mal: lo veia todo, y prevía sus consecuencias, deplorándolas amargamente en el fondo de su corazon. Mas enviado por el Espíritu de Dios y lleno de su uncion divina para evangelizar y sanar, ha cumplido su mision con aquel apostólico celo que le distinguia, y de que todos hemos sido testigos. Verdadero Pastor de las almas, no ha cesado de apacentar su grey con su doctrina y con su ejemplo, observando á la letra el importante precepto del Apóstol cuando decia á su discípulo el Obispo de Efeso: "*Yo te conjuro delante de Dios y de Jesucristo, juez de vivos y muertos........ predica la palabra del Señor.* Prædica verbum, *insiste con ocasion y sin ella: reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina:*" (1) y aquel otro dirigido á su discípulo tambien el Obispo de Creta: "*En todas las cosas muéstrate ejemplar de buenas obras, en la doctrina, en la pureza de tus costumbres, en la gravedad de tu porte.*" (2) Tal era la conducta del Ilmo. Félix, amonestar y exhortar en toda ocasion con toda paciencia y doctrina, no ménos que edificar con sus ejemplos en todo tiempo y lugar. Él parecia renovar aquellos tiempos apostólicos, en que ya de viva voz, ya por escrito se oian constantemente en las iglesias las exhortaciones de los Obispos. Ahí están sus numerosas pastorales, testimonios evidentes de aquel celo, émulo del de los Clementes é Ignacios, que ardia en su pecho por la causa de la Religion. Y ¿cuántas veces lo hemos admirado como Apóstol del Evangelio prodi-

(1) Primera Epístola á Timoteo, cap. 4. Vers.ˢ 1 y 2.
(2) Epístola á Tito, cap. 2.° Vers. 7.

gando, que así puede decirse, la divina palabra con aquellas dotes de elocuencia cristiana, tan naturales en él, y con tal asiduidad, que bien puede asegurarse que sus pláticas y sermones igualan si no exceden el número de sus dias? Yo recuerdo, Señores, un hecho notable, que no quiero omitir, porque no solo confirma lo que voy diciendo, sino que prueba además la profunda ciencia de la Religion que poseia. En la primera visita que hizo á la ciudad de Medina Sidonia, administrando el Sacramento de la Confirmacion, se le oyó por más de treinta noches consecutivas hacer por lo ménos una plática, y más frecuentemente dos, una al principiar y otra al terminar la ceremonia, todas ellas variadas y sobre el mismo Sacramento, exponiendo ya su rito, ya su institucion, ya su necesidad, sus excelencias, sus virtudes, sus efectos. Y donde quiera que ha predicado, á pesar de lo frecuente de sus homilias, ¿no se le oyó siempre con gusto y con provecho? El nombre del P. Félix arrastraba en pos de sí aquellas muchedumbres de fieles que los templos no podian contener. Su elocuencia hacia recordar la de los Agustinos y Bernardos, á quienes los pueblos no se cansaban de oir y de admirar. Dotado de una admirable gracia en el decir, no ménos que de una fecundidad no comun, hermanaba la sublimidad con la sencillez á imitacion del Divino Maestro, y con los encantos de su palabra fácil y familiar cautivaba los ánimos disponiéndolos á recibir de buen grado las verdades eternas que salian de sus labios. No era su palabra una letra muerta ni un vano sonido que se perdia en el aire: era la palabra de Dios y revestia sus mismas formas, ora dulce y suave para insinuarse en los corazones dóciles, ora fuerte y vibrante como el rayo para hacer temblar á los soberbios, ya saeta inflamada para encender y avivar las almas tibias, ya espada de dos filos para penetrar hasta lo más íntimo y cortar los lazos de las más

fuertes pasiones. Y como la palabra de Dios, una vez que sale de su boca, no retrocede ni vuelve vacía, segun lo que está escrito, por eso fructificaba y producia abundante cosecha.

¡Ah Señores! Es que sus virtudes predicaban al mismo tiempo que sus palabras. Él edificaba sólo con su presencia, porque en él se veia la imágen de la virtud, que tiene tan poderosos atractivos: á su modestia y gravedad unia aquella afabilidad y dulzura que lo hacian amar y respetar al mismo tiempo. Ninguno se acercó á él, ó conversó con él, que no quedase complacido y edificado, y lo que es más, deseoso de volver á verlo. Él parecia poseer el maravilloso secreto de atraerse los corazones, mejor diré, el don sobrehumano de cautivar los espíritus en obsequio de Cristo. Por eso en la Santa Visita Pastoral, que giraba á los pueblos de su Diócesis, conseguia renovar aquellos saludables y prodigiosos efectos de sus antiguas misiones, logrando en todos ellos restaurar la piedad y mejorar las costumbres. En todas partes dejaba siempre indelebles recuerdos, los frutos de sus apostólicas tareas, que Dios coronaba con brillante éxito.

Mas, ¿estos recuerdos eran acaso los únicos? ¡Ah, Sres.! Entre sus virtudes descollaba una, cuyos vestigios no se borran nunca, porque están impresos con la marca de un sello ardiente, la caridad: virtud evangélica, reina de las virtudes, que no puede ménos de resplandecer en un varon apostólico. Tal era la de nuestro Obispo, que de él podemos decir lo que el Evangelio dice del mismo Salvador de los hombres: *Pertransiit benefaciendo*, "pasó haciendo bien...." A pesar de la economía en que se ven hoy precisados á vivir los Obispos, él atendia á las necesidades de todo género. Pero con qué desprendimiento! Con qué generosidad! Él no sentia darlo todo: sentia por el contrario no tener más

para dar más. Sus limosnas bien merecen celebrarse, y lo habrán sido ya, en la asamblea de los Santos, como canta la Iglesia en elogio de los Julianes, Borromeos y Villanuevas. Su caridad no tenia límites: rayaba, Sres., en el heroismo; porque él se olvidaba de sus propias necesidades para socorrer las agenas. Contento con lo estrictamente necesario para vivir casi con la pobreza de un religioso capuchino, cuyo espíritu conservó toda su vida, de todo se desprendia, llegando á veces á carecer de lo necesario, siendo indispensable que otros cuidasen de proveer, á ocasiones por otros medios, lo que habia menester para su persona, porque el Obispo nada tenia para sí, todo era para los pobres.

Hé aquí un espíritu enteramente consagrado á la caridad, un corazon que no vivió sino para amar. Él sentia á la par de sus hijos, y se hacia todo para todos: aquello de llorar con los que lloran, y alegrarse con los que se alegran, que decia de sí mismo el grande Apóstol, era habitual á nuestro Obispo. Verdaderamente él nos amaba con paternal afecto. Desde el momento de su consagracion, como él mismo lo dijo,[1] sintió apoderarse de su corazon un amor grande á sus diocesanos, y este amor fué en él bastante causa para no separarse de nosotros, no obstante su ardiente deseo de concluir sus dias en un retiro. Así lo declaró en una ocasion solemne, cuando el Gobierno de la Nacion le propuso con grande empeño el Arzobispado de Valencia: la principal razon que alegó para excusarse fué el amor á sus diocesanos, de los que á no intervenir un precepto formal del Santo Padre, no le era posible separarse sino por la muerte.[2] Lo digo, Sres., para gloria y satisfaccion de esta ciudad y de toda la Diócesis.

Ved aquí un ejemplo raro de abnegacion que contrasta

(1) En su Pastoral de despedida. (2) Véase la nota segunda al final.

sobremanera con el egoismo y positivismo de nuestros dias. Nada más digno de admiracion en un siglo como el presente, que ha enseñado á los hombres la funesta ciencia de explotarlo todo en provecho propio, y sacrificar sin temor y sin conciencia el interés general al particular para labrarse en esta vida una fortuna perecedera, que ver á un hombre como nuestro Obispo que nada queria para sí, que á nada aspiraba sobre la tierra, nada ambicionaba: sólo el hacer bien. Así pudo decir con toda verdad en sus últimos dias, como quien vivió despreciando los bienes temporales para merecer los eternos: *Me parece que no tengo apego á nada.* ¡Ah! Él debia morir como habia vivido, desprendido de todas las cosas, único modo de aguardar la muerte sin temor y sin remordimientos. Él la veia acercarse con ánimo tranquilo: la esperaba con la calma del justo: y con una serenidad verdaderamente admirable disponia todas las cosas, hasta la túnica con que queria ser amortajado, que fué la misma, ya remendada por cierto, que le servia más de quince años ha, desde el dia de su Consagracion.(1)

Una muerte con tales preparativos, y sobre todo una muerte que debia ser el fin de una vida tan ejemplar, no podia ménos de ser en todo edificante. Así ha sido la de nuestro memorable Félix. Él conservó hasta el fin aquella santa paciencia y resignacion con que sobrellevó su larga y penosa enfermedad. No necesitaba del consuelo de las criaturas, porque su espíritu estaba siempre en Dios: antes él consolaba á sus familiares que no podian ocultar su dolor, al ver aproximarse la hora en que habian de perder para siempre á su querido Padre. En los dias de Navidad, en que su gravedad se aumentó considerablemente, dispuesto ya con los Santos Sacramentos de la Penitencia y Eucaris-

(1) Esta túnica era parte del primer trage episcopal, que le fué costeado por la Reina Isabel.

tía, cual si su espíritu se hallase enagenado con la contemplacion del tierno misterio de Belen, se le oyó repetir con aquel candor, que revelaba la inocencia de su alma, "*Me voy con el Niño.*" Llegado el Sábado de aquella misma semana, dia en que acostumbraba dar una limosna general, se acordó de sus pobres, y llamando á sus familiares les dijo: *Dad hoy doble limosna, porque ya el Sábado siguiente no la habrá.* ¡Ah! Quiso morir haciendo bien, y lo hizo hasta el fin! Su abnegacion, su desprendimiento llegó hasta su última hora, y en su misma agonía, ¿lo creereis Señores? hizo un acto el mas heróico de caridad. Habia muerto en aquel mismo dia el Arcipreste ó Vicario de Chiclana, (1) Sacerdote benemérito, muy estimado de su Sría.: al siguiente, ó sea el Domingo, dia en que comenzó á sentir ya las angustias de la muerte, no pudo ménos de enterarse al oir los dobles repetidos de campanas, y en uno de los momentos en que se hallaba más fatigado, el Capellan que se acercó á su lecho le oyó estas notables palabras: *Todo lo ofrezco en sufragio del Padre Vicario.* ¡Oh feliz alma, la que así se desprende de sus propios méritos en la hora suprema, en que más los podia necesitar! Rasgo eminente, rasgo sublime de caridad, sólo propio de un alma verdaderamente justificada. No le restaba ya sino recibir el Sacramento de la Extremauncion, que le fué administrado antes de la media noche, á cuyo acto quiso que se hallasen presentes todos los de su casa y concluida la ceremonia, lleno su espíritu de inefable consuelo, exclamó: *Bendito sea Dios que me ha hecho este beneficio tan grande, no por mis méritos sino por los de Aquel que murió por mí.* Estas fueron sus últimas palabras, y á las pocas horas espiró en el ósculo del Señor.

¡Ah! *Ecce quomodo moritur justus.* Ved de qué manera

(1) En dicha ciudad residia S. I. desde su dimision.

muere el hombre justo. Leccion importante para nosotros que lloramos precisamente su pérdida. Él nos ha enseñado á bien morir, despues de habernos dado tantas lecciones de bien vivir. Hé aquí la ciencia de las ciencias y la más útil filosofía; aprender á bien morir, último ejemplo que nos deja por legado el que fué nuestro Padre en Cristo. ¡Ah! Como es la vida es la muerte! Admirable sentencia de San Agustin que debemos grabar en nuestro espíritu, juntamente con la memoria de nuestro Ilustre finado. Contados están nuestros dias como los de todos los mortales, y no hay quien resista á la mano poderosa de aquel supremo Señor, árbitro de la vida y de la muerte, que lo mismo derriba de su puesto al hombre esclarecido que al oscuro, y lo arroja en tierra, cual hoja seca del árbol que arrebata el viento. No obstante, la muerte del justo es preciosa á los divinos ojos, y si su cuerpo perece y se convierte en polvo, su alma vive eternamente, vive para Dios.

A este Dios, cuya justicia premia y castiga al examinar nuestras obras, encomendamos el alma de nuestro inolvidable Padre Félix, por si en algo penable incurrió durante su vida como frágil criatura; y devolviéndole caridad por tanta caridad, ofrezcamos al Señor oraciones y sacrificios expiatorios por su eterno descanso, diciendo en conclusion con la Santa Iglesia: **Requiem æternam dona ei, Domine, et lux perpetua luceat ei.**

NOTA 1.ª—Los Obispos de Cádiz son sucesores de S. Hesyquio, uno de los siete varones apostólicos, discípulos de Santiago, que ordenados Obispos por los príncipes del apostolado S. Pedro y S. Pablo, vinieron á España á predicar

la fé y fundaron varias Iglesias: de los cuales aquel fundó la primera silla episcopal de esta Diócesis en la antigua Carteya, ciudad que estuvo situada entre Tarifa y Algeciras, cuyo título tiene tambien el Obispo de Cádiz.

Nota 2.ª—En 1873, el Gobierno de la Nacion propuso al Ilmo. Arriete el Arzobispado de Valencia, siendo su contestacion la siguiente: "Agradeciendo con toda la sinceridad de mi corazon la distincion con que se intenta honrarme, me veo precisado á contestar con una respetuosa negativa, ya por mis años y achaques, ya por el acendrado amor que profeso á mis Diocesanos, cuya separacion me costaria tal vez la vida, y ya finalmente, porque debiéndose á esta segunda causa mi permanencia en el Obispado, sólo lo cambiaria por su renuncia para acabar mis dias en un retiro. Todo esto lo sabe perfectamente el Santo Padre: y sólo un precepto de obediencia *directo y formal* me obligaria á arrostrar por la muerte."

